

El psicoanálisis como síntoma

Jean-Luc Nancy

El psicoanálisis nació de un malentendido. De un lado, el proyecto de comprender los procesos afectivos a partir de una cierta racionalidad (una procedencia, unos mecanismos de desencadenamiento), de aquello que había constituido hasta ese momento un campo sin racionalidad, a lo sumo relacionado a ciertas teorías de los “temperamentos” y de los “humores” y a un registro sobre el cual la inmediatez del presente invitaba poco a remontar hacia un pasado y un encadenamiento de causas. De otro lado, la intuición de una disposición general de la existencia separada de toda inscripción en un proyecto, en un destino o en una significación de acuerdo a un orden divino o natural.

En suma, por un lado, buscar las causas, los encadenamientos o al menos los modelos de este tipo, y por el otro, por el contrario, desanudar las dependencias o anclajes metafísicos. De un lado sujetar el sujeto a una inmanencia de razones, del otro liberarlo de los sometimientos a otro sujeto trascendente (o a él mismo en tanto libertad).

El psicoanálisis se ha jugado en el cruce de dos postulados filosóficos: el entendimiento kantiano (la construcción de un objeto de conocimiento) y la razón kantiana devenida hegeliana (el impulso [poussée] de un sujeto absoluto). Freud quedó suspendido entre los dos, “clínica” de un lado, “metapsicología” del otro. Lacan (así como algunos otros) comprendió que era necesario superar la brecha. Trató de hacerlo fusionando una clínica y una metafísica mediante un discurso cifrado. De gran inteligencia, este discurso asimilaba los más importantes avances filosóficos relacionándolos a una supuesta “experiencia clínica” voluntariamente ciega al hecho de que ella sólo “confirma” lo que permitió discernir de antemano (como es el caso del entendimiento kantiano).

Lo real de la experiencia habló: ya no estamos en la neurosis de los tiempos freudianos, ni en la fantasmática teórica de los tiempos lacanianos. Nuestro tiempo es aquel donde la realidad común –social, económica, política, religiosa–, se muestra como realidad de un “sujeto” demasiado rápidamente supuesto familia-dependiente. Psicoterapia más que psicoanálisis estricto, esto ya lo dice todo: los males de los individuos son aquellos de su sociedad. Y el psicoanálisis no había sabido nada sobre la sociedad, pues ésta no es psicológica, ni siquiera es social. Es metafísica, para emplear esta imagen.

Resta entonces el impulso [poussée] absoluto, el impulso [poussée] en sí, el plural de las pulsiones que Freud designa como “nuestros mitos”: es decir, lo que forja las ficciones del origen y de la destinación, puesto que no pueden ser más que ficciones. La pulsión, a decir verdad, el carácter pulsivo ya estaba en el trabajo de Kant, como “Trieb” de la razón. Y antes de Kant como la voluntad libre de Duns Scotto –por ejemplo–, es decir como el deseo proveniente de Platón y convertido por Agustín en esencia del ser (o del arrojar [jet], que de ahora en más es la misma cosa).

El psicoanálisis es el último avatar del deseo divino, sea que uno lo tomé en modo platónico o en modo cristiano. Habrá sido el síntoma de una imposibilidad sobrevenida en la capacidad de desear cuando desapareció el objeto inobjetable del deseo o el deseo mismo como su propio objeto (o sujeto, esto es indiferente). Sobrevenida que fue también aquella de la avidez ilimitada, de la producción de objetos siempre renovados y sobre todo de un sujeto a sí mismo infinito, sea como “voluntad” o sea como “intelección”.

O más bien el psicoanálisis comprendió lo inacabable del deseo sin poder darle otro fin (es decir, forma, figura) que aquella de una renuncia. Se trata siempre para él –como frecuentemente también para la filosofía– de reconocer un imposible, un límite. Ha abierto y cerrado el problema del infinito. El pensamiento –a través del psicoanálisis y fuera de él– abre de nuevo el problema: aquel del afecto, de lo “irracional” y de la “pulsión” en tanto que verdad irreprimible del sentido de ser. No se trata entonces de delimitar lo posible y lo imposible sino de salir de esta alternativa. De acceder a lo que no es posible ni imposible, pero infinitamente efectivo.

El psicoanálisis no comprendió –pero la filosofía tampoco, y tanto la una como el otro han estado cerca– eso que a decir verdad no es comprender: el sentido de ser no es el sentido del ser. El sentido del ser es un sentido atribuido al ser por una instancia que hay que suponer otra, fundamento o razón de ser. El sentido de ser por el contrario es el sentido inmanente del acto de ser o de existir, acto que está excluido de sustantivarse en “un ser”, en “el ser” o en una “razón”. El sentido de ser representa precisamente la sin-razón de este impulso [poussée] que actúa o acta el existir.

Pero lo que no ha sido comprendido tampoco ha sido abordado. Sus márgenes han sido liberados ha medida que devenía cada vez más necesario reconocer que la humanidad –y con ella la naturaleza o el cosmos– no se conforma a un proyecto ni a una razón y no manifiesta nada más que la pulsión de ser. Con esta pulsión nosotros nos relacionamos como a un mito, es decir, menos una ficción explicativa que una palabra que da sentido al existir sin sostener ninguna instancia de sentido.

Este curso de sentido, este valor de sentido no vale más que como la forma donde se contiene y expone la fuerza pulsante: no conduce a nada más que a esta formación infinitamente renovada donde la fuerza se forma en lenguaje y en gestos sensibles diversos (llamados culturas, artes, técnicas, maneras). Este infinito renovarse hace al deseo, del cual la única verdad es este renovarse mismo, ilimitado, comprendiendo cómo esta ilimitación se abre no contra nuestros límites sino como la forma misma de sus trazos.

No puede uno detenerse a diseñar el orden o el régimen del sentido de ser con términos como “psyche” o “sophia”, tampoco por “análisis” o “filo”. El deseo renovándose perturba las significaciones y no cesa de arrancar al lenguaje y a los gestos de sus roles de signos para reabrir en ellos la pulsión, la pulsación. Psicoanálisis y filosofía presentan esto pero también cierran sus regímenes de significación. Incluso la búsqueda fracasada de significantes inéditos e insospechados testimonia una obsesión significativa –otro modo de designar el régimen de un “sentido del ser”. Un sentido de ser, por el contrario, es decir un despliegue libre del existir en formas que no significan ni contienen nada más que ellas mismas y sus impulsos [élans] –esto que se llama “poesía” y a veces “pensamiento”, términos a su vez riesgosos–, no tiene sentido más que llevando sin cesar a la extremidad incandescente o

imperceptible donde el sentido se ausenta y se abre. A esta extremidad, el síntoma, si se lo quiere llamar así, el síntoma palabra o gesto, color o sonido, idea o imagen, es síntoma de sí mismo, manifestación que hay de lo manifestable, forma de una fuerza en juego, un existir, un ir y venir.

Traducción: Emmanuel Biset